

Imprimir

La guerra de Estados Unidos contra Irán pudo haber parecido un movimiento irracional de un presidente tan imprudente e impulsivo como destructivo. Pero había una lógica geopolítica detrás del ataque, basada en el deseo de Washington de negar a China el acceso a recursos vitales.

Las guerras por los recursos entre Estados Unidos y China han acelerado la determinación de ambas partes de escapar de sus dependencias mutuas. Las dos grandes potencias están desmantelando la economía integrada que han construido juntas durante cincuenta años. (Andrew Caballero-Reynolds / AFP vía Getty Images)

En la mañana del 23 de febrero de 2026, Benjamín Netanyahu llamó a Donald Trump desde Jerusalén con información que cambiaría el curso de su guerra contra Irán. Altos funcionarios iraníes, incluido el propio líder supremo Ali Jamenei, tenían previsto reunirse en un complejo de Teherán ese sábado, vulnerables a un solo ataque aéreo. Trump estaba en Mar-a-Lago cuando llegó la llamada.

Dos semanas antes, Trump y Netanyahu se habían reunido en Washington durante tres horas en una sesión descrita por los presentes como grave y sombría, planificando una operación coordinada con gran detalle. Incluso antes de que los dos líderes se reunieran, Trump ordenó un despliegue masivo de tropas en Oriente Medio tras un levantamiento en Irán que sus líderes ahogaron en sangre. El presidente ciertamente estaba pensando en atacar a Irán, pero aún no había decidido el momento.

Tras su conversación telefónica con Netanyahu, Trump ordenó a la CIA que verificara la inteligencia israelí. Estaba comprobado. Tres días después, sus enviados Jared Kushner y Steve Witkoff llamaron desde Ginebra. Afirmaron que las negociaciones con Irán no avanzaban en nada. Ahora todo encajó para Trump: el plan, la oportunidad operativa, el estancamiento diplomático. El resultado fue la Operación Furia Épica, un ataque sorpresa conjunto estadounidense e israelí que mató a Jamenei y desencadenó la guerra.

Sin embargo, el enfrentamiento entre Irán y Estados Unidos no comenzó con esa llamada

telefónica, ni siquiera con el uranio enriquecido en las profundidades subterráneas de Isfahán. Todo comenzó ocho años antes, cuando Washington y Pekín se enzarzaron en una silenciosa lucha existencial sobre la arquitectura física del futuro. Fue una feroz guerra de posiciones que estuvo encubierta por sombríos anuncios del ministerio de comercio sobre minerales que la mayoría de la gente nunca ha oído mencionar. Para entender por qué aviones estadounidenses e israelíes atacaron Teherán aquella mañana de sábado, necesitamos viajar no al Golfo Pérsico, sino a las aldeas cancerígenas de Mongolia Interior.

Cáncer en Mongolia

En el Distrito minero de Bayan Obo, en Mongolia Interior, a 150 kilómetros al norte de Baotou, la tierra contiene los minerales que impulsan al mundo moderno. Más del 80% de las reservas de tierras raras de China se concentran allí, en el límite del desierto de Gobi.

La producción no despegó hasta la década de 1990, cuando los gobiernos occidentales calcularon discretamente que la extracción de estos minerales era demasiado contaminante y tóxica para sus propios ciudadanos. Era mejor dejar que China lo haga. Entre 1990 y 2000 la producción china aumentó un 450%. Occidente cerró sus propias minas y miró para otro lado.

Lo que se ignoraba era el desecho tóxico y radioactivo producido por las plantas de fundición que se derramaban en pozos abiertos y embalses sin revestir, filtrándose hacia el río Amarillo, la principal fuente de agua potable para gran parte del norte de China. Los pueblos alrededor de Baotou pasaron a conocerse, con una sombría y naturalidad, como “aldeas del cáncer”. Los investigadores documentaron oleadas de trastornos ortopédicos y defectos congénitos. Los niños inhalaban polvo radiactivo simplemente jugando en la calle.

Las tecnologías para extraer tierras raras con menos devastación existen, pero cuestan más. Pekín eligió el método más económico. Los restos demolidos de las aldeas cancerígenas aún yacen esparcidos entre tuberías oxidadas y almacenes abandonados.

China no tropezó con su posición de dominio solo por la suerte geológica. Los elementos de

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

tierras raras se encuentran en todo el mundo, pero rara vez en depósitos lo suficientemente ricos como para extraer eficientemente y casi nunca en formas fáciles de separar entre sí. Romper los enlaces químicos que los unen en la naturaleza puede requerir más de cien etapas de procesamiento y grandes cantidades de ácidos potentes.

Desde los años 80, Pekín ha invertido miles de millones en dominar ese proceso, subvencionando cada etapa de la cadena de suministro hasta que controló no solo las minas sino también la química. Hoy en día, China extrae aproximadamente el 70 % de las tierras raras del mundo y refina el 90 % del suministro mundial, incluyendo casi la mitad del mineral estadounidense, que cruza el Pacífico para ser procesado y retornado como material terminado.

Los usos no son exóticos; Están en todas partes, desde motores eléctricos hasta pantallas de smartphones y motores a reacción. Pero el uso militar fue lo que mantuvo despiertos a los planificadores del Pentágono. Las tierras raras forman parte de la columna vertebral de la guerra estadounidense: cazas F-35, submarinos clase Virginia, misiles Tomahawk, drones Predator.

A finales de 2025, Estados Unidos no disponía de una fuente operativa fuera de China para varias de las tierras raras pesadas más críticas. El esqueleto oculto del mundo moderno, resultó que tenía un solo dueño. Pekín pronto aprovecharía su ventaja.

Anuncio 61

Durante todo 2025, Trump había ido aumentando los aranceles sobre los productos chinos en una serie de golpes crecientes. China respondió cada vez con contramedidas calibradas. Sin embargo, aunque la guerra arancelaria fue dolorosa para Pekín, la guerra tecnológica fue existencial. Podemos rastrear las raíces de la furia china más allá del “Día de la Liberación” en abril de 2025 hasta 2018, cuando la primera administración Trump lanzó una discreta campaña diplomática para impedir que China adquiriera la tecnología de fabricación de chips más avanzada de ASML.

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

A finales de 2025, Estados Unidos no contaba con ninguna fuente operativa fuera de China para varios de los elementos de tierras raras pesadas más críticos.

ASML, una empresa holandesa y el único fabricante de las máquinas de litografía de ultravioleta extremo sin las cuales no se pueden fabricar semiconductores de última generación, estaba a punto de enviar una máquina de 150 millones de dólares a un cliente chino. Sin embargo, el secretario de Estado Mike Pompeo presionó personalmente al primer ministro holandés Mark Rutte, y la máquina nunca fue enviada.

Lo que comenzó como un bloqueo dirigido en una sola venta se transformó, durante los años de Joe Biden y en el segundo mandato de Trump, en un bloqueo tecnológico estructuralmente arraigado que apuntaba no solo a las máquinas que fabrican chips avanzados, sino también a los propios chips, ascendiendo poco a poco en la escala tecnológica y añadiendo empresas a listas negras. La lógica era directa y brutal: negar a China los avanzados chips que alimentan la IA equivale a negarle la tecnología dominante de la próxima generación.

Para Pekín, esto no era simplemente una disputa comercial. Fue un cerco estratégico, un intento deliberado de congelar a China en un estado permanente de estatus tecnológico de segunda categoría, justo cuando alcanzaba el umbral de la primacía global. La mayor afrenta era que Washington bloqueaba el acceso chino a tecnologías refinadas a partir de minerales de tierras muy raras que los trabajadores chinos se envenenaban para extraer del suelo alrededor de Baotou. China fue lo suficientemente buena para sacar tierra. No se debía permitir que se beneficiara de lo que esa tierra hacía posible.

En abril de 2025, la paciencia de Pekín se agotó; imponía restricciones a la exportación de varios productos clave de tierras raras, un disparo directo dirigido directamente a los fabricantes estadounidenses de defensa. Fue simultáneamente una protesta contra los aranceles de tres dígitos de Trump y una respuesta a siete años de restricciones crecientes a los semiconductores.

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

La amenaza funcionó lo suficientemente bien como para lograr una tregua de noventa días acordada en Ginebra en mayo, que redujo los aranceles al 30 por ciento y suspendió los controles minerales. Pero tres meses no fueron suficientes para resolver nada. En octubre de 2025, con el acuerdo de Ginebra deshilachado, Pekín volvió a recurrir al arma de tierras raras, esta vez con mucha mayor ambición y mucha menos contención.

El Anuncio Número 61 del Ministerio de Comercio chino, de lenguaje sobrio, tuvo consecuencias devastadoras. Extendió los controles de exportación a doce de los diecisiete elementos de tierras raras e impuso requisitos de licencia para cualquier imán que contuviera siquiera una traza de material de origen chino — independientemente de dónde se fabricara.

El Anuncio número 61 del Ministerio de Comercio chino fue sobrio en su lenguaje y devastador en sus implicaciones.

Esto significaba que, si una empresa alemana utilizaba aunque fuera una pequeña cantidad de elementos de tierras raras chinas para fabricar un producto, tenía que pedir permiso a Pekín para exportarlo a cualquier otro lugar del mundo. El Anuncio 61 también prohibía directamente la exportación de tierras raras para cualquier aplicación militar. La arquitectura legal fue tomada casi literalmente del propio manual de Washington: la regla del producto directo extranjero, un mecanismo que Estados Unidos había utilizado durante mucho tiempo para restringir el acceso de China a semiconductores avanzados, ahora se volvía en contra de sus inventores.

Washington estaba inquieto. Su acceso a la esencia vital de sus industrias más avanzadas se vio dramáticamente restringido. El secretario del Tesoro, Scott Bessent, declaró que Pekín había “apuntado con un bazuca a las cadenas de suministro y a la base industrial de todo el mundo libre.” La respuesta de Trump fue volcánica. Anunció un arancel adicional del 100 % sobre los productos chinos, además del 30 % ya vigente, amenazó con controles amplios sobre software crítico y canceló su reunión programada con Xi Jinping en Corea del Sur. Pero la furia no duró.

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

A los pocos días del estallido de la polémica en las redes sociales de Trump, ambos bandos buscaban discretamente una salida de escape. El 30 de octubre, Trump y Xi se reunieron al margen de la cumbre de Cooperación Económica Asia-Pacífico en el Aeropuerto Internacional de Gimhae, en Busan, Corea del Sur. El acuerdo que alcanzaron fue una restauración cuidadosa del statu quo previo a octubre, disfrazada de avance.

Washington redujo considerablemente los aranceles y también suspendió las normas que restringen la exportación de semiconductores y máquinas fabricantes de chips a empresas vinculadas a China. Pekín, por su parte, pausó el Anuncio 61 durante un año. La crisis de los minerales de tierras raras se aparcó temporalmente. Pero la bazuca, como lo llamó Bentsen, solo fue devuelto a su estuche. Seguía ahí para que Pekín la usara.

Trump dijo a los periodistas que calificaría la reunión con Xi como “doce” en una escala de cero a diez. Otros observadores no aceptaron esa interpretación optimista. El académico Jin Canrong declaró que Busan demostró que China y Estados Unidos se habían convertido en “grandes potencias iguales”. Las élites chinas aprendieron la lección de que las contraamenazas firmes funcionaban y que Washington podía quedar acorralado.

Sin embargo, Trump sacó una lección diferente. Había sido humillado por la existencia de un punto de estrangulamiento que no controlaba. La cuestión era si podría encontrar uno propio. Ya tenía un candidato en mente: las refinerías de la provincia de Shandong.

Las teteras de Shandong

A lo largo de la costa de la provincia de Shandong, un paisaje industrial se extiende a lo largo de cientos de kilómetros: tanques de almacenamiento, torres de fisuración y chimeneas de refinería que se elevan sobre pueblos pesqueros. Las refinerías independientes agrupadas allí, conocidas como teteras por su modesta escala original, comenzaron a recibir licencias de importación solo en 2015, cuando Pekín rompió su monopolio estatal sobre la compra de petróleo.

El complejo de refinerías de Shandong desempeña un papel crucial en la economía china,

pero funciona con un tipo de combustible muy particular.

En menos de una década, se habían convertido en una cuarta parte de toda la capacidad de refinación de China, el motor de una economía provincial valorada en casi ¥10 billones, con cientos de miles de empleos que salían de la planta a través de la logística, la química y servicios auxiliares. El complejo de refinerías de Shandong desempeña un papel crucial en la economía china, pero funciona con un tipo de combustible muy particular.

El secreto eran las sanciones. Cuando Estados Unidos cortó el acceso a Irán y Venezuela a compradores occidentales, creó inadvertidamente una clase de proveedores que vendía con grandes descuentos a quien aceptara sin hacer demasiadas preguntas. Las teteras no preguntaron nada. El crudo pesado iraní y venezolano llegó reetiquetado como malasio, omaní, o indonesio, renombrado tras transferencias de barco a barco en aguas internacionales por petroleros que circulaban con sus transpondedores apagados.

Para 2025, el crudo sancionado por Estados Unidos procedente de Irán y Venezuela representaba aproximadamente entre el 17 y el 18 por ciento del total de importaciones petrolíferas de China. Las gigantes refinerías estatales de China mantuvieron las manos limpias y a distancia. Las teteras se encargaban del trabajo sucio, nominalmente privado pero integrado en el Estado chino mediante asociaciones con empresas estatales. Pekín suministra el acceso al puerto y la indiferencia estudiada que hizo posible todo el sistema.

Las mismas características que hacían competitivas las teteras —dependencia de crudo pesado con descuento, logística en la sombra, proveedores autorizados— las hacían extremadamente vulnerables a cualquiera dispuesto a llegar al extremo de suministro de la cadena en lugar de a las propias refinerías. Trump pareció darse cuenta y empezó a atacar a los proveedores de Shandong.

La nueva Guerra Fría llega al Caribe

La noche del 3 de enero de 2026, fuerzas especiales estadounidenses secuestraron a Nicolás Maduro en su residencia en Caracas y lo trasladaron a Nueva York para enfrentar cargos de

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

narcoterrorismo. Para Washington, fue una operación de aplicación de la ley. Para Pekín, fue algo más cercano a una catástrofe.

Venezuela no era simplemente un socio comercial para China; fue el mayor receptor de préstamos estatales chinos en América Latina, con 106 compromisos de préstamo que superaban los 100.000 millones de dólares, la gran mayoría estructurados como acuerdos de reembolso respaldados por petróleo. El Banco de Desarrollo de China había apostado esencialmente la casa a que el crudo venezolano era una garantía. Con Maduro fuera y Washington anunciando que tomaría el control de las exportaciones de petróleo de Venezuela, esa garantía estaba ahora en manos estadounidenses.

Venezuela no era simplemente un socio comercial para China; fue el mayor receptor de préstamos respaldados por el Estado chino en América Latina.

Pekín expresó “grave preocupación” y exigió la liberación inmediata de Maduro. La administración Trump no se molestó en responder. Los ingresos de las primeras ventas de petróleo venezolano —medio billón de dólares— se destinaron a una cuenta bancaria catari, cuidadosamente colocada fuera del alcance de los acreedores, tanto venezolanos como chinos, que tenían derechos sobre esa fuente de ingresos.

Lo que siguió fue una demostración de cómo la energía puede ser utilizada como arma con precisión quirúrgica. Venezuela había estado suministrando a Cuba aproximadamente treinta y cinco mil barriles de petróleo al día, que eran fundamentales para la isla, cuya red eléctrica funcionaba casi en su totalidad con petróleo. Trump cortó ese flujo de inmediato, amenazando con aranceles a cualquier nación que interviniera para reemplazarlo. En cuestión de semanas, las centrales eléctricas cubanas comenzaron a fallar. Para marzo, la red eléctrica se había desintegrado por completo, provocando un apagón en toda la isla. Estallaron protestas callejeras en un país donde las manifestaciones no autorizadas conllevan penas de prisión.

La lógica estratégica detrás del estrangulamiento quedó expuesta en la propia orden

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

ejecutiva de Trump: Cuba albergaba la mayor instalación de inteligencia de señales en el extranjero de Rusia en Lourdes, un extenso complejo de antenas cerca de La Habana que había estado escuchando comunicaciones militares estadounidenses desde la Guerra Fría. También contaba con cuatro puestos de escucha chinos, incluida la instalación en Bejucal, cuyas antenas parabólicas asomaban a través de la selva tropical hacia la sede del Mando Central, que supervisa Oriente Medio, sin mencionar la propia residencia de Trump en Mar-a-Lago y el único campo de entrenamiento estadounidense capaz de simular combates en el estrecho de Taiwán.

Trump dejó claro que su condición para levantar el embargo petrolero a Cuba era un cambio de régimen en La Habana. Una vez que eso ocurriera, presumiblemente, Rusia y China quedarían cegadas.

Para las refinerías de teteras de Shandong, la toma de Maduro fue un choque de suministro para el que no estaban preparados. El crudo pesado venezolano había sido la materia prima alrededor de la cual se diseñó todo su modelo de negocio: azufreado, técnicamente exigente de procesar, pero con descuentos entre 10 y 15 dólares por debajo del crudo Brent (o simplemente “Brent”, la clasificación comercial de este tipo de petróleo), lo que era suficiente para que la complejidad valiera la pena.

A las pocas semanas de la operación, las exportaciones a Asia se desplomaron un 67 por ciento. Los compradores chinos, que habían tomado tres cuartas partes de todo el crudo venezolano el año anterior, descubrieron que las reglas del juego habían cambiado. Trump dejó claro que pagarían los precios del mercado mundial, eliminando el descuento de un golpe.

Las refinerías de Shandong se enfrentaban ahora a una elección contundente: encontrar un sustituto equivalente o ver cómo sus beneficios se desplomaban. Analistas y operadores coincidieron unánimemente en hacia dónde acudir. El crudo pesado iraní era la alternativa más barata disponible, cotizando con descuentos de unos 10 dólares por debajo del Brent. Pekín esperaba que la sustitución fuera sencilla. Netanyahu y Trump tenían otros planes.

Sueños Transárabes

Incluso mientras aviones estadounidenses e israelíes atacaban objetivos en todo Irán, Trump y Netanyahu pensaban en el petróleo. Lo que Israel quería de la guerra iba más allá de la eliminación del régimen iraní. Netanyahu tenía en mente una arquitectura regional. El cierre del Estrecho de Ormuz — que las fuerzas iraníes minaron y bloquearon a los pocos días de los ataques iniciales — fue, desde la perspectiva israelí, no simplemente una crisis a gestionar sino una oportunidad a explotar.

Incluso mientras aviones estadounidenses e israelíes atacaban objetivos en todo Irán, Trump y Netanyahu pensaban en el petróleo.

Durante décadas, el petróleo del Golfo fluyó de este a oeste a través de Ormuz. Una alternativa ya se había propuesto antes: el oleoducto Transárabe, conocido como Tapline, construido a finales de los años 40 por corporaciones estadounidenses para transportar crudo saudí por tierra a través de Jordania y Siria hasta el puerto libanés de Sidón. En su día, fue uno de los oleoductos más largos del mundo. Sin embargo, la política árabe y los conflictos regionales lo dejaron fuera de servicio a mediados de los años setenta.

La visión de Netanyahu era un resurgimiento de ese concepto, pero con Israel como punto final. La propuesta original de Netanyahu de 2017 contemplaba una ruta de oleoducto de setecientos kilómetros desde el puerto saudí de Yanbu a través de Jordania hasta Eilat, y desde allí a través del actual oleoducto Eilat-Ashkelon directamente al Mediterráneo, evitando por completo Ormuz y Bab-el-Mandeb. Las tasas de uso —estimadas en cientos de millones de dólares anuales— irían al tesoro israelí, mientras que el petróleo llegaría a Europa.

La primera administración Trump le había encantado la idea, pero los saudíes respondieron con frialdad. La crisis de Ormuz de 2026 le dio nueva urgencia, y Netanyahu aprovechó la ocasión para presentar públicamente el plan. Incluso argumentó que el nuevo oleoducto de Yanbu a Eilat podría construirse en tres años.

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

La lógica geopolítica era aún más profunda. Un sistema de oleoductos que dirigiera el petróleo del Golfo a puertos mediterráneos en lugar de a través del Estrecho de Ormuz remodelaría la economía de toda la competencia entre Estados Unidos y China. El petróleo que viaja por tierra hacia Ashkelon y luego hacia los mercados europeos costaría más para los compradores asiáticos y menos para los europeos, redirigiendo los flujos energéticos lejos de China hacia los aliados de Estados Unidos.

Una consecuencia que Netanyahu pudo haber anticipado —o incluso acogido— fue un Irán fragmentado pero radicalizado, cuya hostilidad hacia las monarquías del Golfo haría que esos Estados se sintieran constantemente amenazados. Los estados del Golfo se quedarían con una conclusión clara: solo Israel podría protegerlos.

A finales de marzo de 2026, el asesor diplomático de los Emiratos Árabes Unidos, Anwar Gargash, había confirmado lo que Netanyahu había apostado: los ataques de misiles y drones de Irán contra los estados del Golfo habían consolidado a Teherán como la principal amenaza regional, obligando a las naciones árabes a replantearse sus alineamientos. “No estamos viendo dos mil misiles y drones israelíes apuntándonos”, observó Gargash, “estamos viendo dos mil misiles y drones iraníes apuntándonos.”

Estrecho de Trump

Trump, percibiendo el momento, instó a Arabia Saudí a finales de marzo a unirse a los Acuerdos de Abraham. Pero mientras Netanyahu se fijaba en los oleoductos, Trump quería capturar los yacimientos petrolíferos. El modelo que tenía en mente ya estaba operando en Caracas.

Delcy Rodríguez, vicepresidenta de Maduro, permaneció en el cargo tras la captura de su jefe, convirtiéndose en la interlocutora dócil de Washington para el petróleo venezolano. Trump quería el mismo acuerdo en Teherán: un régimen sucesor dócil que cooperara en producción y precios. “Todo se trata de instalar a alguien como Delcy Rodríguez”, dijo un funcionario de la administración a los periodistas. El propio Trump dijo al *Financial Times* a

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

finales de marzo: “Para ser sincero, lo que más me gusta es apoderarme del petróleo de Irán.”

La isla Kharg, la terminal por donde fluyen aproximadamente el 90 % de las exportaciones de crudo iraní, se encontraba en el norte del Golfo, al alcance de las fuerzas estadounidenses.

Si la diplomacia fracasaba, había una opción más difícil. La isla Kharg, la terminal por donde fluyen aproximadamente el 90 % de las exportaciones de crudo iraní, se encontraba en el norte del Golfo, al alcance de las fuerzas estadounidenses. “Necesitamos aproximadamente un mes para debilitar aún más a los iraníes”, dijo una fuente familiarizada con el pensamiento de la Casa Blanca, “tomar la isla [Kharg] y luego presionarlos y usarla para negociar.” Trump explicó más tarde que si Estados Unidos tomaba Kharg, “también significaría que tendríamos que estar allí [en la isla de Kharg] durante un tiempo.”

El 26 de marzo, Trump propuso otra opción: que el Estrecho de Ormuz estaría controlado por “mi y el ayatolá”. Un día después, fue más allá, refiriéndose al Estrecho de Ormuz como “el Estrecho de Trump.”

La conexión entre Caracas y Teherán no fue producto de un oportunismo fortuito. Era el contorno visible de una estrategia, articulada con mayor claridad por Michael Every, estratega en Rabobank. Durante décadas, China había superado a Estados Unidos utilizando la política industrial y comercial como armas geopolíticas: construyendo monopolios, controlando las cadenas de suministro, convirtiendo dependencias económicas en palanca. Sin embargo, China dependía de las materias primas que llegaban de todos los rincones del mundo para alimentar su maquinaria industrial, y la respuesta lógica estadounidense fue utilizar el único instrumento que China aún no podía igualar.

“Tenemos un ejército y un ejército que puede proyectar poder a nivel global”, argumentó Ever. “China tendrá uno en diez o quince años. Por ahora no lo hace.” La jugada, tal como él la describió, consistía en tomar el control de las materias primas clave antes de que se cerrara esa ventana, asegurando que los recursos fluyeran hacia las cadenas de suministro

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

estadounidenses, se mantuvieran cotizados en dólares y llegaran al otro lado del Pacífico más caros, si es que llegaban a llegar. Venezuela fue la prueba de concepto. Irán fue el siguiente paso.

Helen Thompson, economista político de la Universidad de Cambridge, al abordar la misma cuestión desde la perspectiva de la geopolítica energética en lugar de la diplomacia militar, llega a una conclusión más sombría: “si volvemos a ese informe de seguridad estratégica del otoño pasado, queda claro que la abundancia energética como le gusta llamarla a la administración Trump, es tanto un objetivo como un medio para participar en la competencia geopolítica”.

Estados Unidos era energéticamente independiente, el mayor exportador de gas natural licuado (GNL) y estaba protegido de las consecuencias del cierre del estrecho de Ormuz, algo que China el mayor importador mundial de energía, no podía hacer. Como señala Thompson “Si surgen problemas en el golfo de esta índole, el país menos afectado es Estados Unidos... en principio podría beneficiarse” ya que obtendría precios más altos por el GNL que exporta.

Por el contrario, un cierre prolongado del estrecho de Ormuz afectaría a China como una hemorragia lenta: mayores costos de importación, márgenes industriales reducidos y dificultades para una economía ya debilitada. El propio Trump, al ser preguntado a finales de marzo sobre el cierre del estrecho de Ormuz, fue aún más tajante: “No necesitamos el estrecho de Ormuz, Tenemos tanto petróleo que nuestro país no se ve afectado por esto.” Era, casi palabra por palabra, la tesis de Helen Thompson expresada como política. Pero la estrategia de Trump de crear un punto de estrangulamiento se topó con otro obstáculo.

La caseta del peaje de Teherán

A los pocos días del inicio de las hostilidades, la República Islámica de Irán logró algo que habría parecido imposible hace una década. Si una armada capaz de desafiar a los grupos de portaaviones estadounidenses, ha bloqueado de facto el punto estratégico marítimo más

importante del mundo. El arma fue el dron: barato, desechable y devastador para el cálculo de los seguros marítimos.

El tráfico diario a través del estrecho había promediado 138 barcos al día, pero ahora se había reducido a un flujo mínimo de apenas unas pocas decenas. Los buques que aún estaban dispuestos a transitar eran canalizados hacia aguas territoriales iraníes, donde unidades de la Guardia Revolucionaria iraní revisaban los manifiestos, inspeccionaban la carga, y en al menos dos casos documentados, cobraban pagos de hasta dos millones de dólares por travesía liquidados en yuanes chinos.

Toda la operación parecía desafiar la primacía global del dólar. Desde los años 70, ha mantenido su estatus de moneda de reserva porque los países del Golfo Pérsico valoraban su petróleo en dólares. Si un país no tenía dólares, su acceso al petróleo estaba limitado.

La parte de Washington del trato era el paraguas de seguridad: garantías americanas, bases americanas, grupos de portaaviones estadounidenses en el Golfo. Estados Unidos estaba dispuesto a ir a la guerra para defender las monarquías del Golfo y lo hizo durante los años 80 y 90. Pero de repente, debido a la crisis en el Golfo, el petrodólar, como se conoció, estuvo en peligro de ser eclipsado por el petro-yuan.

Excepto que no lo era — no realmente. El yuan representa aproximadamente el 2 por ciento de las reservas globales de divisas, frente al 57 por ciento del dólar. La razón de la disparidad es que el yuan aún no es lo suficientemente líquido, fiable ni disponible para reemplazar al dólar. A pesar de todas las ambiciones de Pekín, el yuan no está listo para el horario de máxima audiencia, y una caseta de peaje en el Estrecho de Ormuz, por dramática que sea, no puede cambiar esa realidad.

La ironía más profunda no era visible en las rutas marítimas, sino en el propio Teherán. Mientras el régimen cobraba tasas de tránsito en yuanes a los superpetroleros, sus ciudadanos pagaban todo en dólares. Una inflación superior al 70 por ciento había hecho lo que ninguna sanción estadounidense logró del todo: había convertido al dólar en la moneda

de la vida diaria dentro de la República Islámica.

El régimen que acababa de demostrar un dominio asimétrico de la guerra con drones y el control de puntos de estrangulamiento marítimos era simultáneamente demasiado débil para mantener la confianza en su propio dinero. Y sin embargo, al final, incluso la cabina de peaje resultó ser negociable. Bajo los términos de un alto el fuego de dos semanas alcanzado a principios de abril, Estados Unidos e Irán acordaron pausar las hostilidades mientras continuaban las negociaciones.

Trump, como es habitual, empezó a improvisar de inmediato. Al preguntarle sobre el plan de Irán de cobrar una tasa a los buques por el tránsito del estrecho, anunció que estaba considerando convertirlo en una “empresa conjunta” con Teherán. “Es una forma de asegurarlo”, dijo a los periodistas. “Es algo hermoso.” Lo que parece una contradicción en realidad subraya la coherencia de Trump. Después de tanta guerra y derramamiento de sangre, seguía centrado en encontrar al Delcy Rodríguez iraní que le permitiría controlar el petróleo iraní; si no a través de Kharg, entonces mediante una “empresa conjunta” en el Estrecho de Ormuz.

Desacoplamiento conjunto

Para China, la guerra expuso con brutal claridad aquello sobre lo que los estrategas llevaban tiempo advirtiendo en privado: aproximadamente el 40 por ciento de su petróleo y el 30 por ciento de sus importaciones de GNL pasaban por el Estrecho de Ormuz, un estrangulamiento que no podía defender ni controlaba. La respuesta eran oleoductos terrestres que ningún grupo de portaaviones estadounidense podía amenazar.

La dirección es inconfundible: China quiere que Estados Unidos, como dijo una fuente, ‘sea expulsado al 100 por cien de sus cadenas de suministro’.

El último plan quinquenal de China, publicado a principios de marzo, prevé avanzar en los “trabajos preparatorios para la ruta central del gasoducto China-Rusia”, un término diplomático para Power of Siberia 2, un gasoducto de 2.600 kilómetros desde la península de

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

Yamal de Rusia hasta China vía Mongolia que llevaba años paralizado por disputas de precios. La guerra cambió el cálculo, y parece que China está ahora dispuesta a aumentar su dependencia energética de Rusia.

Simultáneamente, en un complejo de alta seguridad en Shenzhen, ingenieros chinos que trabajan bajo identidades falsas y acceso restringido al teléfono están probando un prototipo de una máquina de litografía ultravioleta extrema. La máquina, construida por antiguos ingenieros de ASML reclutados con bonos de firma de hasta 700.000 dólares, ocupa casi toda una planta de fábrica. Aún no ha producido chips funcionales, pero podría hacerlo para 2030. La dirección es inconfundible: China quiere que Estados Unidos, como dijo una fuente, “sea expulsado al 100 por cien de sus cadenas de suministro.”

Washington está compitiendo en la misma carrera desde el otro extremo. La administración Trump convocó a cincuenta y cuatro países en una Ministerial de Minerales Críticos en febrero, firmando marcos bilaterales con once naciones y movilizándolo más de 30.000 millones de dólares en préstamos, inversiones y garantías para proyectos nacionales y afines de tierras raras.

La administración Trump invirtió 1.600 millones de dólares en USA Rare Earth, una empresa de Oklahoma que controla los depósitos de las tierras raras pesadas más críticas para las tecnologías de defensa. Como explicó el Secretario de Comercio Howard Lutnick: “Esta inversión garantiza que nuestras cadenas de suministro sean resilientes y ya no dependan de naciones extranjeras.”

Las guerras por los recursos entre China y Estados Unidos han acelerado la determinación de ambas partes de escapar de sus dependencias mutuas. Estas tensiones obligan al resto del mundo a absorber la disrupción de dos grandes potencias desmantelando la economía integrada que han construido juntos cincuenta años.

El coste lo pagan los niños inhalando polvo radiactivo alrededor de Baotou, las familias cubanas que viven en medio de un apagón, los marineros varados en el Golfo esperando a

La competencia por los recursos con China estaba detrás de la guerra de Trump contra Irán

que las grandes potencias resuelvan sus disputas. Además, las guerras por los recursos requieren una consolidación autoritaria en el país para gestionar estos costes sociales. Esa consolidación es visible en Pekín y Teherán, en Tel Aviv y Caracas, y cada vez más en el propio Washington.

La tarea de la izquierda no es tomar partido en esta guerra, sino nombrarla por lo que es: una lucha entre Estados por el control de los materiales que impulsan la próxima revolución industrial, llevada a expensas de las personas que viven más cerca de esos materiales y más alejadas de las decisiones sobre cómo se usan.

Las minas, los oleoductos, los puntos de estrangulamiento — estos no son propiedad de los gobiernos que los reclaman. Son la herencia común de todos los que viven en el planeta que los contiene. Eso no es solo un eslogan: es la única alternativa práctica al mundo que se describe en este ensayo.

Colaboradores

Guy Laron, profesor titular de relaciones internacionales en la Universidad Hebrea de Jerusalén.